

ALEJANDRO G. J. PEÑA, *El réquiem de Weltschmerz* *II. Crisálidas de cristal*, Sevilla, Thémata, 2019.

Alberto Ciria
Universidad de Málaga

Crisálidas es el noble ensayo del novel autor Alejandro González Jiménez-Peña.

Noble ensayo porque, si la aristocracia es la clase de lo distinguido, no hay acto más aristocrático que morir, que incluso contagia de distinción a su entorno y a los allegados sobre quienes repercute, y que solemniza el instante y santifica el sitio donde se produce. Tampoco hay reflexión más grave y hermosa que la evocación anticipadora de la propia muerte, que depura nuestra mente de las impertinentes y aparentes preocupaciones, las cuales cuanto más fútiles más nos solicitan, y sintoniza nuestro espíritu con la frecuencia de la campanada del ser. Este ensayo nos hace testigos del intenso ejercicio filosófico y poético de su autor, una inspiradísima evocación en primera persona que, por consiguiente, no es tanto un *memento mori* como un *memini mori*; y sin embargo, en la medida en que también nos hace participantes de sus reflexiones, nos transmite su solemnidad y nos ennoblece por contagio.

Y novel autor porque *Crisálidas* es la segunda obra de Alejandro González. Este joven filósofo concibe su pensamiento como una tarea vital, a la que da el programático título global de *El réquiem de Weltschmerz*, de inequívoca inspiración jean-pauliana y schopenhaueriana. «*Weltschmerz*» nombra el lóbrego sentimiento de duelo y tristeza y la doliente melancolía que se siente por las propias limitaciones, las cuales se conciben a su vez como parte de la limitación fundamental del mundo. La primera entrega de esta obra de toda una vida llevaba el título de *Presagios del mal*. Con la palabra «*Presagios*» se aludía también a la primicia de un autor-promesa. En esta segunda entrega, los presagios se han convertido en crisálidas.

La crisálida es la fase de metamorfosis de algunos insectos. Como metamorfosis se denomina el paso de una morfología joven a una adulta, cuando se produce una reorganización más o menos intensa de la anatomía externa y la interna.

La metamorfosis suele producirse durante una fase de reposo, como observamos en el caso de las pupas de las moscas o polillas o de las crisálidas de las mariposas. Para entrar en esa fase, el animal se repliega en un estado larvario e incubatorio donde interrumpe su intercambio con el mundo exter-

no. Para mantenerse temporalmente aislado y protegido en ese estado, la larva busca un refugio o se lo elabora, como hacen las mariposas de seda.

Durante la fase de transformación, el organismo está replegado y absorbido en sí mismo. No tiene percepciones del mundo externo, del cual se ha aislado. Se siente a sí mismo, pero sumido en un letargo esa sensación no llega a conformarse en una conciencia expresa. El organismo entero está abandonado a su reconfiguración, sin margen ni distancia para que la sensación de reconfiguración, tan inseparablemente adherida al proceso vital, a su vez se reconfigure desdoblándose en una forma perceptiva, consciente o conceptual aislada.

Los pensamientos de Alejandro González recogidos en esta obra son crisálidas porque, en plena y acelerada fase de maduración, este autor se repliega en el ensimismamiento de sus meditaciones y, sustraído a los ajetreos exteriores, se abandona a intensas porfías conceptuales y lingüísticas, de las que hace partícipe al lector. Esa invitación al lector se expresa ya con la portada.

La portada muestra una representación de Carontes navegando en dirección al lector-contemplador, como si viniera a recogerlo para llevarse-lo. Así lo sugiere tanto la inusual visión frontal del barquero —ya que normalmente Carontes y su barca se representan vistos desde un lado— como el hecho de que la barca, aparte de su barquero, todavía está vacía. Quizá este cuadro guió e inspiró las meditaciones de Alejandro González. Pero la imagen Carontes viniendo a nosotros convierte el libro editado en una exhortación al lector, como si el *memini mori* de uno fuera el *memento mori* para otros. Los tonos azules y negros de la portada son muy acertados. El azul es el color del fondo abisal y el negro es el color de la nada: ambas cosas es para nosotros la muerte.

La crisálida es una fase intermedia y provisional de la metamorfosis. En conformidad con ese estado morfológico todavía indeciso e indeterminado está la prosa filosófica de Alejandro González, que pese a ser conceptual con mucha frecuencia se mantiene en ambigüedades semánticas y sintácticas, que quizá para una morfología de la lengua serían reprobables, pero que para una morfología de la vida son necesarias y, sobre todo, veraces. Un género coherente con un estilo así se puede denominar con todo derecho poesía filosófica.

Por la sinceridad intelectual, la profundidad especulativa y la brillantez de una expresión poética que a veces resulta coherentemente ambigua, pero sobre todo por el efecto despabilador y ennoblecedor que produce la lectura de esta obra, es recomendable su lectura y, más aún, su meditación.